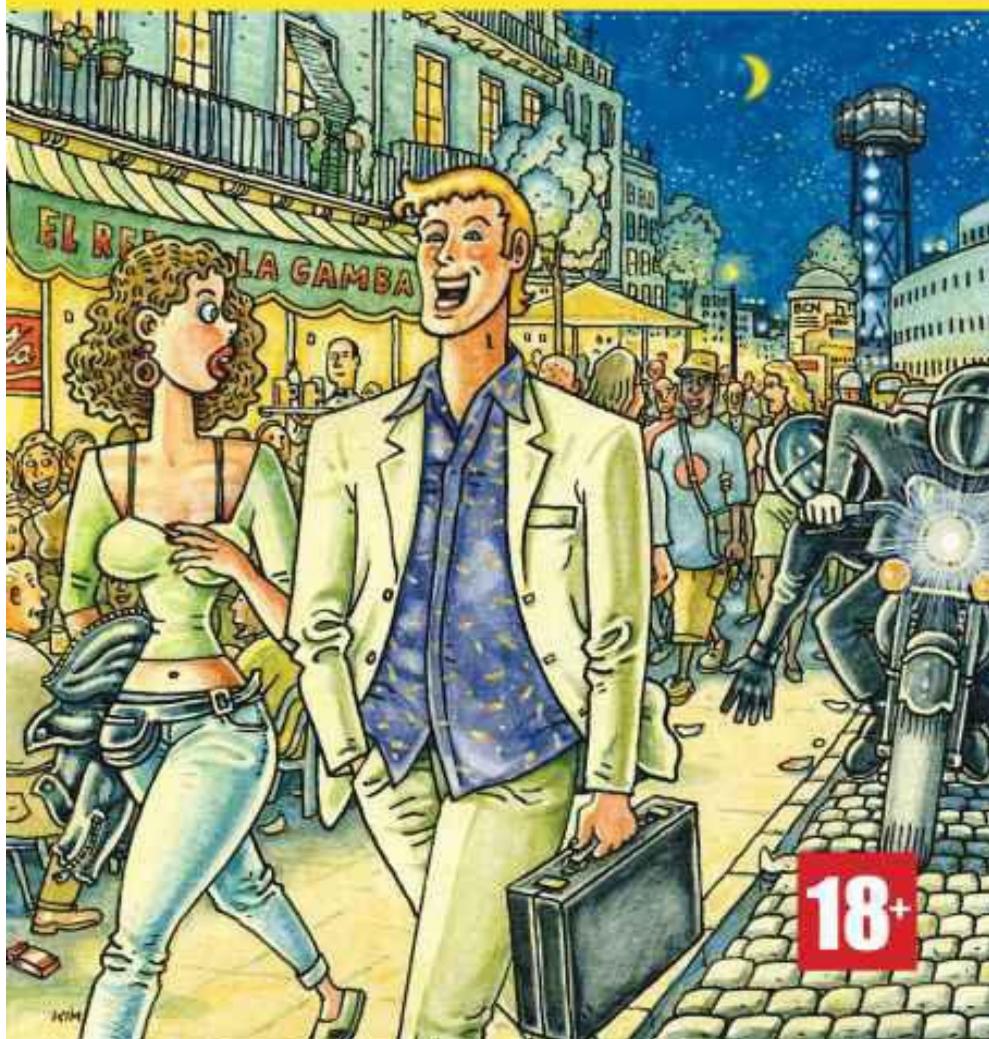




**PEPA VILLA,
TAXISTA EN BARCELONA**

Cenizas calientes

Alicia Estopiñá y Neus Sans



Cenizas calientes

Pepa Villa, taxista en Barcelona



Pepa Villa. Es una joven taxista que vive en Barcelona. Ha tenido muchos novios, y ahora vive con Carlos.



Carlos. Es un joven abogado y la actual pareja de Pepa.



Albert. Es un joven neozelandés que está en Barcelona por negocios, negocios un poco especiales.



Raúl. Es un buen amigo de Pepa. Ha estado en la cárcel y ha tenido muchos trabajos. Actualmente es vigilante en un parking del barrio de Gracia.



Lucy. Es una prostituta que trabaja en un hotel de carretera.



Doro. Es el encargado y vigilante del Tta's, un local de alterne. Sabe todo lo que pasa en los bajos fondos de Barcelona.

Capítulo 1

Un taxi con la luz verde y el cartel de «libre» baja rápido por la calle Balmes. Su chófer, Pepa Villa, está de muy mal humor porque acaba de pelearse con Carlos, su pareja. Pepa tiene treinta y tres años, es morena, delgada y bastante guapa. Pero tiene mala suerte con los hombres. Ha cambiado de novio cinco veces en los últimos cinco años. Quizás ella es demasiado exigente. Quizás no sabe elegir. Quizás es solo mala suerte.

Carlos y ella llevan casi un año viviendo juntos. Como todas las parejas, a veces discuten, pero no mucho, y casi siempre es por lo mismo: a él no le gusta que Pepa trabaje de taxista. Le parece poco elegante. Carlos es abogado y sus amigos, como él, son universitarios, tienen un montón de másteres y trabajos importantes. Pepa también estudió Económicas y, hasta hace poco, tenía un empleo estable, con un buen sueldo, en una multinacional. Pero un día se cansó. De las obligaciones, de recibir órdenes, de jefes, de horarios. Decidió cambiar. Se sacó el *carné de conductor profesional*¹, compró la *licencia*² e invirtió todos sus ahorros en el taxi. Se compró un Skoda Octavia, vulgar y bastante feo, pero duro como un tanque. Casi tan duro como su dueña.

Carlos les dice siempre a sus amigos que Pepa es economista y ella, a menudo, le corrige: «No, no soy economista. Soy taxista». Luego, cuando están a solas, empieza la discusión. Él opina que conducir un taxi es aburrido y a ella le parece divertido. Él cree que es peligroso y ella, que es emocionante. ¡En fin, siempre lo mismo! Cada uno tiene su punto de vista. Pero esta mañana, en el desayuno, Carlos le dice que ha dejado su empleo en Barcelona y que se va a vivir a Madrid.

—¿Qué vas a hacer en Madrid? —pregunta Pepa muy sorprendida.

—Un negocio. Un negocio de mucho dinero.

—¿Qué clase de negocio?

—De momento, es un secreto.

—¡Vaya! Y... ¿cuándo te vas?

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no lo sabía.

—¡Pero...!

—Nunca quieres hablar de trabajo.

—Porque cuando hablamos de nuestros trabajos, siempre discutimos.

—Pues por eso no te he dicho nada. Si quieres —añade Carlos—, tú y tu taxi podéis venir también a Madrid. Siempre dices que eres libre, ¿no?

Pepa y Carlos han discutido durante casi una hora. Al final, Carlos ha mirado el reloj y se ha ido. Como siempre... ¡tenía una cita muy importante!

Capítulo 2

«¿Qué coño³ voy a hacer yo en Madrid?», se pregunta Pepa mientras conduce. Ve que el próximo semáforo está en amarillo y, como de costumbre, acelera para pasar antes de que se ponga rojo. Al mismo tiempo ve delante, cruzando la calle, un cochazo rojo. Frena. Frena. ¡Freeenaaaa! Pero el Octavia choca fuerte contra el Ferrari.

¡Mierda⁴! –dice Pepa, y se tapa la cara con las manos.

La parte de delante de su coche está hundida en el lateral del otro.

Suenan cláxones. Frenazos. A lo lejos se oye una sirena. Pepa sale y mira. «¡Dios mío! El Ferrari está destrozado. ¿Están heridos los pasajeros?»

Al momento tiene respuesta. Las dos puertas se abren y dos hombres altos, muy bien vestidos, van hacia Pepa. Afortunadamente, no les ha pasado nada.

–Lo siento, lo siento muchísimo –se disculpa Pepa nerviosa–. ¿Están bien...? Yo... El seguro... Tenemos que avisar del accidente a la compañía de seguros.

Los dos hombres, que parecen modelos o actores de cine, miran los coches y uno de ellos, que lleva un maletín, mueve la cabeza y le dice algo al otro en un idioma que a Pepa le parece alemán, pero que, en realidad, es holandés. Luego, en un castellano bastante bueno, le pregunta a Pepa:

–¿Tu coche está bien? ¿Funciona?

–Creo que sí –contesta Pepa, sorprendida.

–Vamos a verlo.

Pepa obedece. Pone en marcha el motor, pone marcha atrás y se

separa del Ferrari. Apaga el motor, frena y sale. El Octavia tiene abollada la parte delantera y un faro roto. Poca cosa. El Ferrari, en cambio...

–Tenemos que hacer el parte del accidente, para la compañía de seguros, quiero decir... –les dice a los hombres.

–No. No hace falta. No importa –el del maletín le dirige a su compañero unas palabras–. Mi amigo se ocupará del coche y del papeleo...

–Sí, pero... –intenta interrumpir Pepa.

–Yo tengo prisa. ¿Tú puedes llevarme?

«¡Vaya tío⁵! ¡Qué guapo! Se parece a Brad Pitt, pero es aun más elegante... Al fin del mundo te llevaría...», piensa Pepa, olvidándose por completo de que hace un minuto su Skoda estaba empotrado en un Ferrari.

–Me llamo Pepa –cambia el cartel de «libre» por el de «ocupado»–. ¿Adónde vamos? Por el espejo retrovisor ve al hombre, sentado detrás, con el maletín a su lado.

–Yo me llamo Albert. Vamos a Castelldefels. Y rápido, por favor. Tengo mucha prisa.

Llegan a la Plaza de España. Pepa piensa en el accidente.

–Oye, de verdad, no sabes cómo siento lo que ha pasado. Supongo que el coche, el Ferrari, *está a todo riesgo*⁶... –Albert no la entiende–. Hablo del seguro. Quiero decir, que el seguro va a pagar la reparación, ¿no? –«Porque debe de costar un montón de dinero», piensa.

–Es de alquiler. Y tiene seguro...

–¡Ah, claro! No me he fijado. La matrícula es española. Y tú, ¿de dónde eres?

–De Nueva Zelanda.

«Ahora yo digo: “¡Qué lejos! Las antípodas...” y todo ese rollo, y el tipo piensa que soy la típica taxista con cerebro de mosquito.» Pepa está impresionada y quiere impresionar. «En estos casos, haz lo que hazas, siempre pareces una imbécil.» Recuerda la opinión que tiene Carlos de los taxistas y acepta que su novio tiene un poquito de razón. «Este *adonis*⁷ vestido como para un desfile de moda, no va a fijarse en mí, diga lo que diga. Por tanto, mejor tener la boca cerrada».

–¿Dónde te dejo exactamente? –pregunta al ver la señal en la que pone «Castelldefels 2 km».

–Sigue. Sigue recto –Albert se inclina hacia delante con una encantadora sonrisa. Pepa gira la cabeza y le mira–. Oye, ¿puedes trabajar para mí durante un par de días? –Pepa pone cara de sorpresa y él sonrío con unos dientes de anuncio de *Colgate*⁸–. Voy a pasar dos o tres días en Barcelona y necesito un coche. Te contrato *full time*⁹. ¿Qué te parece?

–Bien –a Pepa las novedades siempre le parecen bien, y más si vienen de parte de un *tío*¹⁰ como ese–. *Full time*... ¿quiere decir día y noche?

–Sí. Te pago el doble. A lo mejor solo te necesito un par de veces. Pero puede ser más –Albert señala un hotel en la carretera–. Me quedo aquí. ¿Me das tu teléfono?

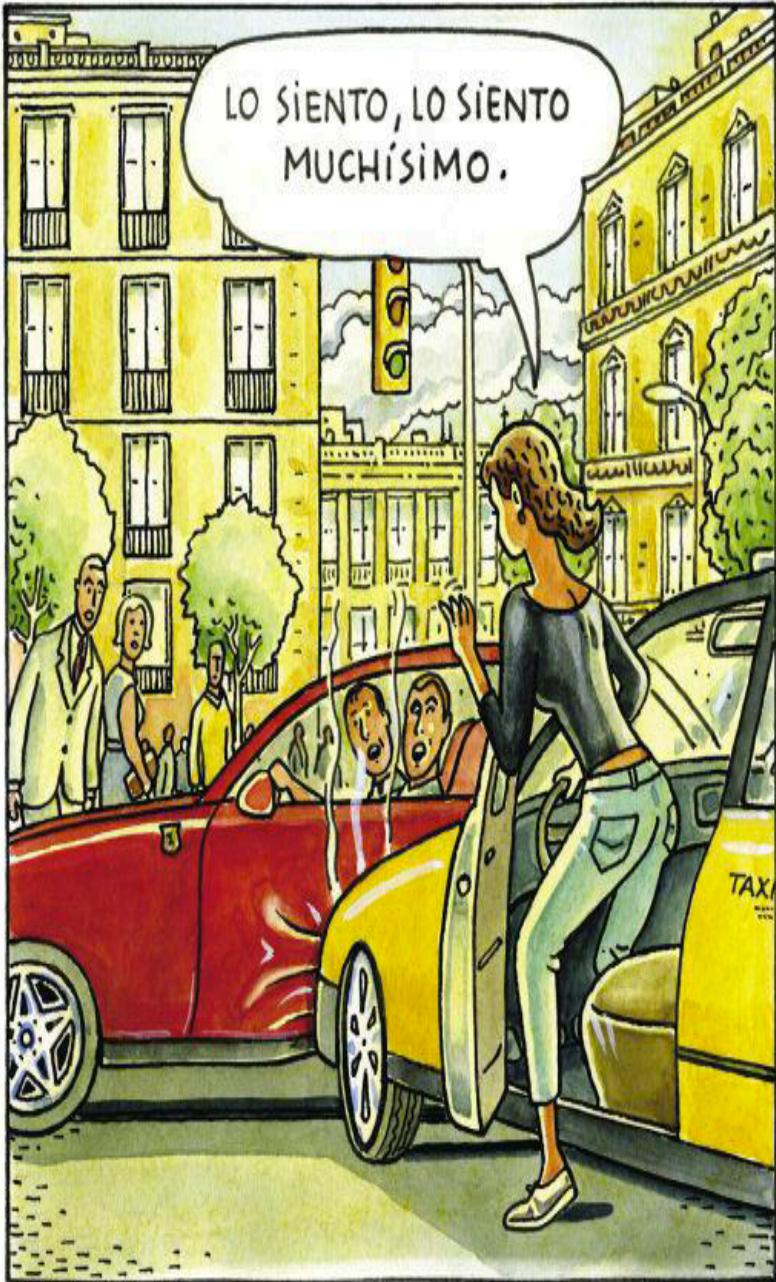
«Mi teléfono y todo lo que tú quieras...», piensa Pepa.

–Sí, claro... Seis, seis, cinco, dos, cuatro...

Albert marca el número en su móvil. Después, saca del bolsillo del pantalón un montón de billetes de cien euros, cuenta diez y se los da a Pepa.

–Por el viaje y un anticipo –el taxímetro marca sesenta euros–. ¿Te parece bien?

–Sí, sí, claro. Bueno, pues... Me llamas, ¿vale?



Capítulo 3

Antes de girar, Pepa se queda un momento mirando a su nuevo cliente. *¡Está buenísimo...¹¹!* Ha tenido novios guapos, pero ninguno como Albert.

Está a punto de poner la luz verde, pero recuerda que no está libre. No está libre, pero de momento puede hacer lo que quiera. Por ejemplo, pasarse por el centro de la ciudad sin prisa y sin rumbo fijo. Automáticamente va hacia Gracia, su barrio. Gracia es como un pueblo en el centro de Barcelona. Llega hasta la plaza del Sol y guarda el coche en un garaje. Raúl, el vigilante, sopla y dice:

–*¡Vaya hostia¹²!*

Raúl es un buen amigo de Pepa. Tiene treinta años. Es alto y muy delgado, con el cuerpo lleno de tatuajes y *piercings*. Ha estado en la cárcel, ha tenido muchos trabajos y una vida difícil. Bebe cerveza a todas horas y fuma *porros¹³*. «Nada importante, lo tengo controlado», suele pensar, y se siente muy orgulloso de sí mismo. A Pepa, sin embargo, le gustaría verlo completamente *limpio¹⁴*. Le tiene cariño. A Raúl le apasionan los coches. Antes de pasarse al lado de los buenos, tenía con unos *colegas¹⁵* un taller clandestino en el que, con piezas de coches robados, montaban otros modelos que luego revendían para carreras ilegales. Es un tipo primitivo, pero simpático. Es un tipo simpático que conoce a mucha gente. Buena gente y mala gente.

–*¡Hala¹⁶!* ¿Qué te ha pasado? *¿Vas pedo¹⁷* de buena mañana?
–dice Raúl al ver las marcas del accidente en el coche de Pepa.

–Tú estás igual de *gilipollas¹⁸* a todas horas.

–¿Has chocado contra otro coche?

–Sí. Un Ferrari, nada menos.

—¡Un Ferrari! ¿Qué modelo?

—¡Yo qué sé!

—¿Quieres llevar el Octavia al taller del Mojama? —el «Mojama» (de Mohamed) es un colega de Raúl, un mecánico excelente que trabaja de forma totalmente ilegal.

—No, necesito el coche. ¿Me lo puedes limpiar? Está un poco sucio. Yo voy a comer algo y a dar una vuelta.

Pepa sube a su piso, un ático muy pequeño pero que tiene una buena vista del barrio de Gracia. Al entrar se da cuenta de que en las estanterías de los libros hay unos cuantos huecos. Coge una cerveza de la nevera y, con la botella en la mano, abre el armario de Carlos. Solo hay un traje, una camisa, un jersey y una bolsa de viaje. Pepa la abre. En su interior hay una caja de galletas metálica: Galletas Birba, una marca muy conocida en Cataluña. La señora Montserrat, su vecina, se las había traído de un viaje a Camprodón, de donde son típicas, pero ni a ella ni a Carlos les gustan los dulces y Pepa guarda la caja en un cajón de la cocina. ¿Para qué quiere Carlos las galletas? Saca la caja de la bolsa y la lleva a la cocina para dejarla donde estaba antes. Abre el cajón y... ¡hay otra caja de galletas! Pepa comprende que la caja de galletas que está en el cajón es la que les regaló la señora Montserrat y la que tiene en la mano, que es igual, la ha comprado Carlos. Pero, ¿por qué ha comprado Carlos una caja de galletas Birba? ¿Para llevársela a algún amigo como un recuerdo de Cataluña? ¡Qué raro! A Carlos *se le va la olla*¹⁹. Guarda las dos cajas en el cajón. Se termina la cerveza. De su mesilla de noche saca un paquete de tabaco y enciende un cigarrillo. No hay ceniceros porque, en teoría, ni Carlos ni ella fuman. «El tabaco es muy malo, no debes fumar», dice Carlos. Y ella dice: «Sí, lo sé. Ya no fumo». Sin embargo, sigue fumando en secreto. Deja caer la ceniza en la bonita alfombra que compró Carlos.

*Está otra vez de un humor de perros*²⁰. Tiene ganas de gritar. Grita. Da un portazo y sale a la calle. El bar de su amigo Armando, el argentino, está al lado, pero no quiere hablar con nadie. Anda sin rumbo

unos minutos y casi sin darse cuenta cruza la calle Gran de Gracia. Sigue andando. Ha desayunado muy poco y la cerveza no le ha sentado bien. Tiene hambre. Entra en un bar pequeño y viejo, con la barra llena de *tapas*²¹. Las dos únicas mesas están ocupadas. Se queda de pie y pide una *caña*²² y un *montadito*²³ de jamón. Come y se siente un poco mejor. Luego entra en el bar de enfrente. Pide unas *patatas bravas*²⁴ y otra cerveza. Suena el móvil. Se mete a toda prisa en la boca un trozo enorme de patata y se mancha la camisa con la salsa. «¡Es él! ¡Es Albert!»

–Mmm, ¿ssssí? –consigue decir con la boca llena.

–¿Te pasa algo? –pregunta Albert.

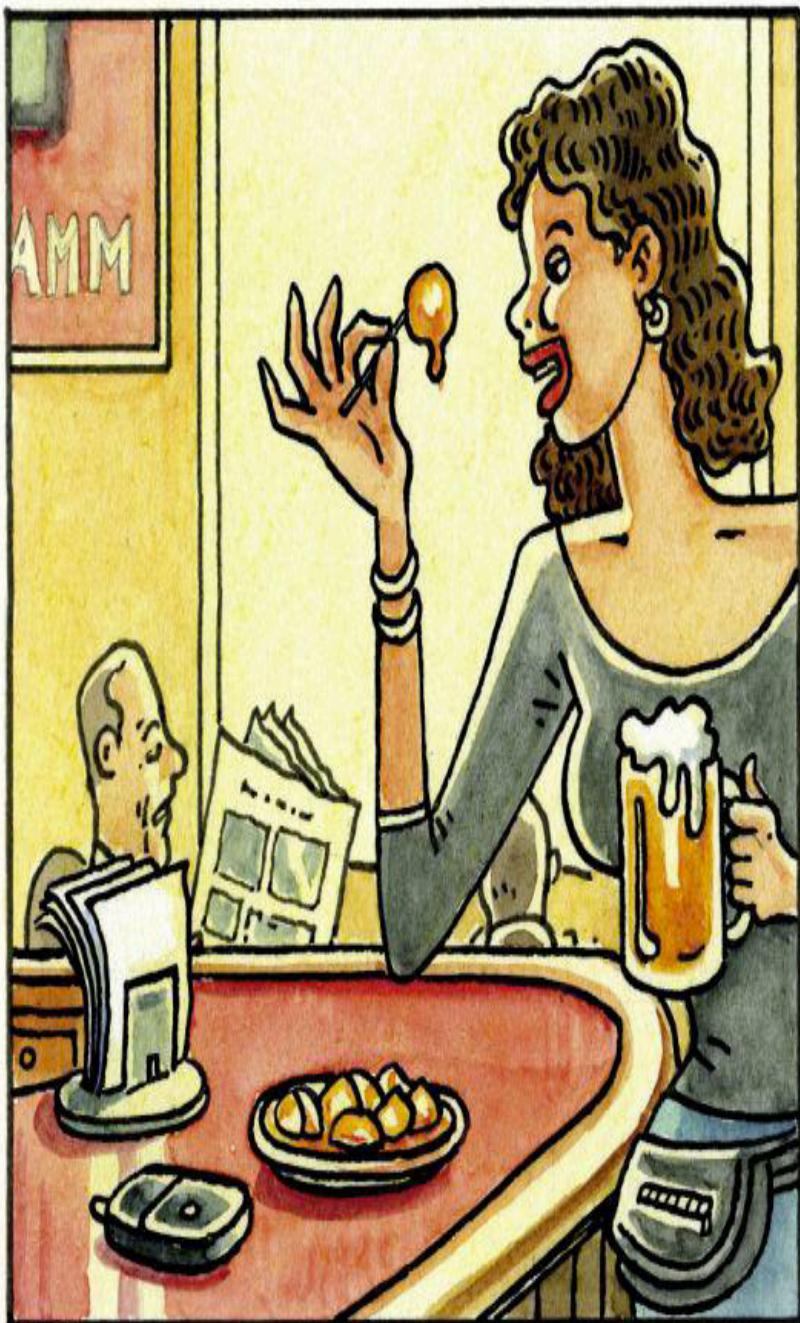
–Mmm, mmm... no –traga y se atraganta. Tose–. Es que estaba comiendo y...

–Lo siento. ¿Puedes pasar por el hotel a recogerme?

–Sí, sí, claro. ¿El hotel de Castelldefels?

–Sí, aquí mismo. Donde me has dejado esta mañana.

–Ok. Ahora voy. En media hora estoy ahí.



Capítulo 4

—¡Raúl! ¿Está ya mi coche?

Raúl sale de la parte trasera del Octavia.

—¡Vaya, vaya, vaya! A tu último cliente se le ha caído un montón de material por el asiento.

—¿De qué hablas?

—La *propina*²⁵. Te ha dejado la propina.

—¡Venga, va, que no estoy para tonterías! ¿Qué dices?

—Que tenías el asiento de atrás llenito de polvo blanco.

—¿Polvo blanco?

—*Farlopa*²⁶, niña, farlopa.

—¿Coca? ¿Cocaína?

—Sí. Bueno, yo no la he probado, ¿eh?

—No, mejor no. ¡El maletín! —recuerda a Albert y su maletín—. ¡*Joodeeer!*²⁷ Así que el supermodelo es un *narco*²⁸. ¿Estás seguro, Raúl?

Raúl no le contesta porque no la escucha. Ha ido al cuarto donde guarda sus cosas a buscar una lata de cerveza.

Pepa va al lavabo. Se peina y se maquilla un poco. No sabe qué hacer. Piensa que puede ser peligroso andar con un narcotraficante, pero Albert es tan guapo... Le ha pagado por adelantado. La está esperando. Decide ir a Castelldefels. Al fin y al cabo, lo que hacen sus pasajeros no es su problema.

Al llegar al hotel no ve a nadie. ¡Vaya! Ella le ha dado a él su número de teléfono pero él no le ha dado a ella el suyo. Mira en el móvil, pero el número desde el cual él la ha llamado no aparece en la pantalla. «Número oculto». No puede, por tanto, avisarlo de que ya ha llegado.

Pepa espera. Después de quince minutos, decide ir al hotel: quizás él está en la recepción.

«XXI Century Foxes, se llama el hotelito. ¡Vaya nombre le han puesto!», piensa Pepa, que, al entrar, no se sorprende en absoluto de la decoración: gruesas alfombras, terciopelos rojos, espejos, mármol... Ni de las mujeres: hay varias en el bar y todas son guapísimas. Bien peinadas y maquilladas. Altas y con tacones muy altos. Pepa no puede evitar sentirse muy pequeña, insignificante. Albert no está.

La chica de la recepción está hablando por teléfono. Pepa la observa y piensa que es muy guapa. Es muy joven, tiene los ojos verdes y una larga melena rubia. La chaqueta le queda ajustada como una segunda piel. El escote deja ver parte de unos pechos perfectos, aunque no lo suficiente como para que Pepa pueda distinguir si son de verdad o de silicona.

—Hola. Me han llamado. Estoy esperando a un cliente... —dice Pepa.

—Hola —la rubia tiene una sonrisa de ángel—. Sí, claro. ¿Sabes en qué habitación está?

—No.

—Pues puedes esperar en el bar, si quieres.

—Gracias.

Pepa se sienta en un taburete y pide una Coca-Cola. La chica que atiende la barra también es guapa. Lleva unos *shorts* y un top muy pequeños.

–¿Se puede fumar? –pregunta Pepa.

–Claro –contesta la camarera.

Pepa saca del bolso un paquete de *Ducados*²⁹ y se pone un cigarrillo en la boca. Busca el encendedor en el bolso. La chica sentada a su lado le da fuego.

–Hola. Soy Lucy. ¿Cómo te llamas?

–Hola. Me llamo Pepa. Estoy esperando a un cliente.

–Yo también.

–¡Qué casualidad! Esperaba fuera, pero es mejor hacerlo aquí, en el bar, ¿no?

–Sí, siempre esperamos aquí. No te conozco. ¿Es la primera vez que vienes?

–Sí. Es la primera vez. Yo trabajo en Barcelona.

–¡Ah, claro! ¿En qué zona?

–Voy a cualquier lugar. Allí donde me llaman.

–Por supuesto.

–Sí –Pepa ríe–. Como una *puta*³⁰: me llaman y yo voy.

–¡Ay, chica! Ya se sabe: sin trabajo no hay dinero...

–Sí. Pero yo no trabajo por dinero.

–¿De verdad? –pregunta Lucy, sorprendida.

–Me gusta mi trabajo. Hago lo que quiero cuando quiero. Ahora mismo estoy aquí porque mi cliente me gusta. Es muy guapo.

–Ya lo conoces, entonces.

–Sí. Esta mañana he estado con él... dos horas en el coche. Luego ha contratado mis servicios para dos días. Me sorprende, porque estaba nerviosa y no he hecho bien mi trabajo.

–Yo también estaba nerviosa las primeras veces. Al principio es duro, pero luego te acostumbras.

–Pues yo he disfrutado desde el primer día.

«Hay gente para todo», piensa Lucy.

–¿Tú cuánto cobras por servicio? –pregunta.

–Según el tiempo. Y luego están los extras: si traen maletas, niños o animales, cobro más.

Lucy pone cara de horror. Pepa piensa que a esa chica no le gustan ni los niños ni los animales. Dejan el coche hecho un asco y luego hay que limpiarlo, por eso cobra un poco más.

–Mi cliente, el que estoy esperando, esta mañana me ha dado mil euros. ¿Qué te parece?

–¡Uf! Mucho. ¿Qué has hecho?

–Ya te lo he dicho. Primero, esta mañana, un par de horas, más o menos. Y luego, esta tarde... ¡Mira qué mancha! –Pepa le enseña a Lucy la camisa-. Cuando me ha llamado tenía la boca llena y... –Pepa ve a su cliente entrar en el vestíbulo-. ¡Ay, mira! Ya está aquí mi hombre. Te dejo.

Lucy la observa aun con sorpresa. «¡Qué profesional tan extraña!»



Capítulo 5

–Hola. Tengo el coche fuera –le dice Pepa a Albert.

–Hola. Vamos a Barcelona. Quiero ver la ciudad.

Albert lleva su maletín. Parece contento. Pepa no sabe cómo empezar una conversación, así que pone música.

–¿Qué quieres ver? –pregunta Pepa al entrar en la ciudad–. *¿La Sagrada Familia, el paseo de Gracia, la Pedrera, el parque Güell, la Catedral, la Rambla...?*³¹

Un BMW los adelanta. Carlos tiene un coche igual y Pepa se acuerda de él. Marca su número, pero no hay respuesta. Le deja un mensaje en el contestador: «¡Llámame!».

Después de una visita corta a la Sagrada Familia, la *interminable*³² iglesia de Gaudí, Pepa y Albert vuelven al taxi. Anochece.

–Te invito a cenar donde tú quieras –dice Albert con una sonrisa encantadora.

–Hombre, gracias. ¿Adónde quieres ir?

–No sé. Yo no conozco la ciudad.

Pepa no quiere llevarlo al típico restaurante para *guiris*³³. Quiere un lugar moderno, elegante y donde se coma bien.

–La Barceloneta –dice Pepa– es el barrio marítimo de Barcelona, donde antes vivían los pescadores. En lo más alto de una torre, frente al mar, hay un restaurante de cocina marinera y mediterránea. Es un poco caro, pero desde allí se ve toda la ciudad.

–Interesante. Me gusta el mar.

—¿No conoces nada de Barcelona?

—No.

—¿Y España? Hablas muy bien español.

—Mi madre es española. Pero es la primera vez que vengo a España. Y pasado mañana, voy a Madrid.

—Madrid...

Pepa piensa en Carlos. Se para en un semáforo en rojo y marca otra vez el número del móvil de su pareja. No hay respuesta. Decide aparcar en un parking e ir andando hasta el restaurante. No hace calor y sopla un poco de viento del mar. Las luces se reflejan en el agua tranquila del puerto. El paseo es agradable. Las terrazas de los bares y restaurantes al aire libre están llenas de gente. Albert mira el mar. Las mujeres y algunos hombres sentados en la calle miran a Albert. Y también a Pepa, claro. Con envidia.

Pepa lamenta no haberse cambiado de ropa. Le gusta ir cómoda, especialmente cuando trabaja, así que lleva zapatillas deportivas, unos vaqueros, una camiseta de algodón y una cazadora de cuero. Pero en su armario hay cosas mejores. Ella suele ir a tiendas informales, donde siempre encuentra y compra ropa barata y original. La semana pasada se compró un vestido negro que le queda muy, muy bien, con los zapatos de tacón también negros... Pero, bueno, ¡no importa!

El portero que abre la puerta del ascensor para subir al restaurante, la chica que guarda sus chaquetas, el joven que les acompaña hasta la mesa, la *maître* que les toma nota de lo que van a comer... Todos, todos están pendientes de Albert. Ella es invisible. «Solo soy su chófer», piensa resignada bebiéndose de un sorbo la copa de *cava*³⁴ de bienvenida.

El lugar, al menos, ha sido una buena elección. Barcelona de noche, desde una altura de 75 metros sobre el mar, es impresionante. La comida

es buena. La bebida también. Los dos están relajados. Toman café y fuman mirando el mar.

—¿Tenemos que volver a Castelldefels? —pregunta Pepa. Ha bebido demasiado. Es muy poco profesional. No tiene ganas de conducir tantos kilómetros.

—No. Tengo una reserva en un hotel de aquí, de Barcelona. En el Hotel Casa Fuster. ¿Sabes dónde está?

«Buff, qué bien», piensa Pepa, feliz.

—¡Claro! Está cerca de mi casa. ¿Quieres ir ya a dormir o quieres dar una vuelta?

—¿Una vuelta? —pregunta Albert.

—Pasear, tomar una copa...

—Sí. Buena idea. Quiero conocer la ciudad de noche.

Albert paga la cuenta y recoge el maletín que ha tenido durante toda la cena entre sus piernas. Salen a la calle. Todavía hay mucha gente en el paseo Juan de Borbón. Pepa está pensando adónde llevar a Albert. Es una buena hora para el Buda Bar, un lugar que está muy de moda, pero es muy difícil aparcar cerca.

—Es muy difícil encontrar aparcamiento en Barcelona... —empieza a explicar Pepa.

En ese momento una moto con dos ocupantes pasa rozando por su lado. El maletín de Albert cambia de manos.

—¡Eh, eh! —grita Albert, señalando la motocicleta que se pierde entre los coches.

—*¡Hostia³⁵!* —dice Pepa— El clásico *tirón³⁶*. *¡Qué cabrones³⁷!*

—¡No es posible! —Albert está muy nervioso— ¡Tenemos que hacer algo! Es... El maletín es muy, muy importante. Hay que recuperarlo. ¿Qué podemos hacer?

—Poca cosa. Puedes ir a la policía, pero...

—No, no. La policía no sirve.

—Ya...

Pepa no tiene muy buen concepto de la policía y, además, ¿cómo vas a denunciar el robo de un maletín lleno de droga?

—Tienes que ayudarme. Por favor... —pide Albert.

—¿Qué quieres que haga? En Barcelona hay miles de chorizos.

—¿Qué?

—*Chorizos* son ladrones. Roban bolsos, carteras...

—Los «chorizos» me han robado el maletín. Necesito mi maletín.

—¿Qué llevabas? ¿Dinero?

—No. Muestras.

—¿Muestras? ¿De qué? —Pepa, gracias a la información de su amigo Raúl, tiene una idea muy exacta de lo que contiene el maletín, pero quiere ver qué se inventa Albert.

—Es difícil explicarlo, pero tienes que ayudarme a recuperarlo. Te pagaré muy bien. Tú debes de conocer a gente. «Chorizos» —dice con un acento muy gracioso.

—Hombre... —Pepa piensa en Raúl y sus colegas—. A alguien conozco, pero no sé yo...

–Haz lo que puedas. Por favor. Llama. ¡Vamos!

Pepa llama. Una. Dos. Tres veces. Raúl está durmiendo o completamente *colocado*³⁸. O quizás ha perdido el móvil. Raúl lo pierde casi todo. Es un gran *perdedor*³⁹.

–La persona que puede ayudarnos no contesta, pero sé dónde encontrarle. Vamos a buscar el coche.

–Mira. La catedral. Está preciosa, de noche –suben por Vía Laietana y Pepa señala a su izquierda. Albert mira, pero no dice nada. No está para monumentos...

Llegan a Gracia. Entran en el garaje de la Plaza del Sol. Raúl no se ve por ninguna parte, pero ella sabe dónde encontrarlo. Va hacia un cuartito que hay al fondo, donde prácticamente vive Raúl. Ahí está. Rodeado de latas vacías de cerveza, colillas y revistas de coches. Echado en un viejo sofá que sirve de cama, con los ojos cerrados y la boca abierta. Parece que está muerto. Sin embargo, la camiseta con la inscripción «Solo los peces muertos siguen la corriente del río», sube y baja al ritmo de su respiración. Pepa se acerca.

–¡Raúl! ¡Raúl, tío! ¡Despierta!

Raúl abre un solo ojo y sonríe con cara de bobo. Pepa tira de su camiseta.

–¡Levántate! ¡Despierta!

Raúl abre el otro ojo. Se frota la cara. Pepa le tiende un cigarrillo y se lo enciende. Raúl ve a Albert y pone cara de sorpresa.

–¿Y este quién es?

–Un amigo. Se llama Albert. Tiene un problema. En la Barceloneta dos tíos en una moto le han dado un tirón y le han robado el maletín. Tenemos que recuperarlo.

–¡Jo, pues *lo lleváis claro*⁴⁰!

–Seiscientos euros si nos ayudas –Pepa mira a Albert. Albert con la cabeza dice que sí.

–En la Barceloneta, ¿no? Llamaré a Doro. ¿Qué hay en el maletín?
¿Pasta⁴¹?

Albert pone cara de no entender.

–Él dice que son muestras... –dice Pepa.

–¿Muestras? ¿Muestras de qué?

–¿De qué son las muestras, Albert? –pregunta Pepa.

–Productos químicos. De laboratorio.

–Entiendo –dice Raúl y le guiña un ojo a Pepa–. El mismo «producto químico» que había en tu taxi...

Raúl se levanta perezosamente. Coge el teléfono e intercambia unas cuantas palabras con alguien.



Capítulo 6

–Con lo que lleva el maletín...–Raúl se rasca la cabeza y mira a Albert–. Para recuperarlo necesitas *pasta gansa*⁴² –Albert no entiende–. Pasta, tío. «Money».

–De acuerdo –dice Albert–. Pero, ¿tú sabes quién tiene mi maletín?

–No. Yo no. Pero tengo amigos. Voy a llamar.

Raúl habla unos minutos por teléfono. Albert escucha con mucha atención, pero no consigue entender nada.

–¿En qué idioma habla? ¿Catalán? –le pregunta Albert a Pepa.

–No. Habla en castellano, pero argot, como lo que hablan los médicos, por ejemplo. ¿Me entiendes? –Albert dice que sí con la cabeza. Lo único que le importa es su maletín.

–Mi amigo Doro está investigando. Conoce a mucha gente. Trabaja en el Tta's de la calle Escudellers.

–¿Y qué hacemos nosotros mientras Doro investiga? ¿Esperamos aquí?

–No. Él está ahora haciendo algunas llamadas. Seguro que ya sabe algo. Podéis ir a verle. Os está esperando.

–Yo no conozco al tal Doro –dice Pepa.

–Es el encargado del Tta's. Está siempre cerca de la barra, vigilando. Doro lo ve todo, lo sabe todo...

Capítulo 7

Doro se da cuenta al momento de que la pareja que entra en el club son los amigos de Raúl. Como todos los que no están acostumbrados a estos ambientes, Pepa y Albert tratan de aparentar una naturalidad que no sienten. Al ver a las chicas del local, Pepa se acuerda del hotel de Castelldefels y una lucecita se enciende en su cabeza.

–Oye, Albert, ¿el hotel de Castelldefels...? –empieza a preguntar, pero Doro la interrumpe.

–Hola. Vosotros dos sois los amigos de Raúl, ¿no?

Se acercan cuatro chicas. Hablan entre ellas, miran a Albert, le dicen cosas y ríen.

–Sí –responde Pepa–. ¿Tú eres Doro?

Albert se apoya en la barra. Está nervioso y tiene la boca seca. Una camarera le pregunta qué quiere.

–Agua, por favor –pide Albert.

–Ponle un *whisky* –dice Doro–. Y otro para la señorita. Con agua.

Una de las chicas que coquetean con Albert lleva un vaso en la mano y lo deja en la barra. Albert, distraído y sediento, se lo bebe de un trago.

–¡Hala! ¿Qué has hecho, tío? –pregunta la camarera que les sirve los dos *whiskys*. Las cuatro chicas ríen.

–¿Qué? ¿Qué pasa? –pregunta Albert.

–¿Qué ocurre? –pregunta Pepa.

–¿De qué *coño*⁴³ os reís vosotras? –pregunta Doro a las chicas.

–Se ha bebido el vaso de Judith –dice la camarera.

–¿Y qué pasa? –dice Doro.

–Nada... –dice Judith sonriendo.

–¿Qué tenía el vaso? –pregunta Pepa.

–Agua... –dice entre risas-. Y éxtasis líquido.

–¿Éxtasis? ¿Qué pasa con el éxtasis? –pregunta Pepa.

–¡Bah! Nada. Pero no es bueno mezclarlo con alcohol.

Demasiado tarde. Albert se ha bebido su *whisky* y ahora está bebiendo agua.

–El maletín –dice-. ¿Dónde está mi maletín?

–A lo mejor Veloz sabe algo. No es seguro... A lo mejor... –dice Doro.

–¿Veloz es el que conducía la moto? –pregunta Pepa-. ¿El que le robó el maletín?

–Veloz es un intermediario. Los que compran y los que venden, todos conocen a Veloz.

–O sea, que ahora tenemos que ver a Veloz. ¿Dónde está? ¿Cómo es?

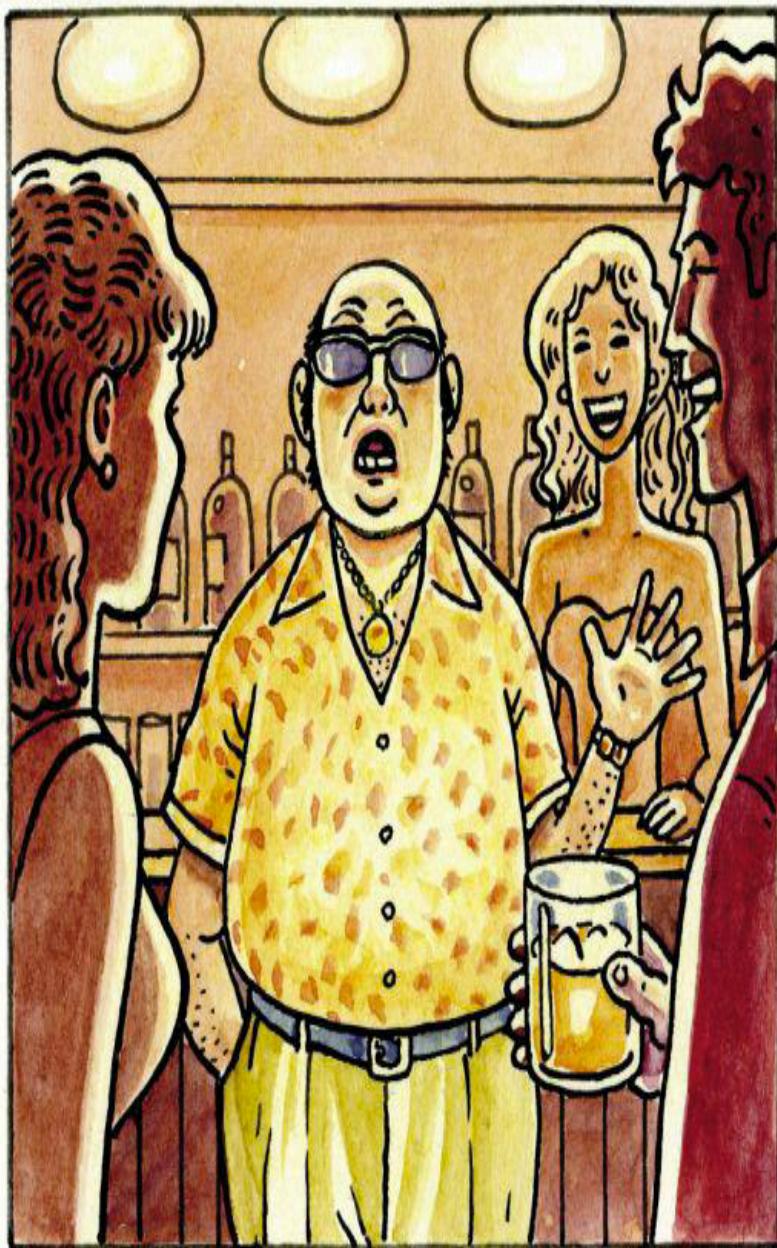
–En la calle Santa Mónica, justo al lado del *Pastís*⁴⁴, hay un local con un letrero en el que dice «Cerrajero 24 horas. Se abren casas, coches y cajas fuertes». Veloz está siempre allí. Es parapléjico.

–¿Y cómo lo hace para abrir puertas?

Doro mira a Pepa con compasión. ¡Qué chica tan inocente!

–Veloz tiene empleados, gente que trabaja para él. Muy buenos. Lo abren todo. Si pagas, claro. ¿Podéis pagar bien?

Pepa dice que sí con la cabeza y le da las gracias a Doro. Salen.



Capítulo 8

Albert anda de forma rara. A veces muy lento, a veces muy rápido. Mira a todos lados con los ojos muy abiertos. Mueve los labios pero no habla. Cruzan la Rambla. Un travesti les hace proposiciones. La calle es estrecha y huele mal. A pipí de gato.

—¡Vamos! —Pepa tira de Albert—. ¿Por qué te paras?

Albert se para porque un tipo pequeño le ha puesto una navaja en el estómago. Otro tipo, un poco más pequeño, pone otra navaja en el cuello de Pepa. Y otro, en la acera de enfrente, les apunta con una pistola automática.

Dinero, relojes, móviles... Los chorizos cogen todo lo que llevan Pepa y Albert y se van corriendo.

Pepa había dejado al mediodía en su casa el dinero que Albert le dio y solo llevaba cincuenta euros y un móvil barato. Pero el amigo llevaba «pasta gansa». Mucho dinero para recuperar su maletín. Ahora no tiene nada. Adiós al maletín.

Pepa siente pena por él. No parece un narcotraficante. Los narcos de las películas no son como Albert.

—¡Hey, guapo! ¡Sí, tú, ven! ¡Acércate, hermoso!

El travesti de la esquina corre hacia ellos. Los tacones de sus zapatos suenan como *castañuelas*⁴⁵.

Albert no se mueve. No habla. El travesti le toca el culo.

—¡Pero qué *macizo*⁴⁶, por Dios! He visto lo que os ha pasado. Han sido Las tres mellizas. Os han *desplumado*⁴⁷. —Se dirige a Pepa—. Él es guiri, ¿no? Pero tú pareces de aquí. ¡Eres tonta, niña! ¡Son las dos de la noche! ¡Pasear a estas horas por esta zona con este tío! ¡Venga! ¡Un taxi y a casita!

–Sí, tienes razón –Pepa se siente responsable de lo que les ha pasado. Sabe que esta zona puede ser peligrosa, especialmente si tienes aspecto de turista rico–. Pero no tenemos dinero. Oye, ¿me haces un favor? ¿Tú tienes móvil? ¿Me lo dejas? Solo una llamada, a un amigo.

–Vale, pero rápido –saca un móvil del bolso y se lo da a Pepa. Le toca los muslos y la entrepierna a Albert–. Esto por dejarte el móvil –le explica a Pepa.

–¡Raúl! ¡Raúl! ¡Qué desastre! Nos han robado. ¿Estás en el garaje? Voy hacia ahí. Tengo que verte.

–Niña, ¿qué le pasa a tu novio? ¿Es siempre así o ha tomado algo? –le pregunta el travesti a Pepa.

–Muchas gracias –Pepa le devuelve el teléfono al travesti–. Nos vamos. Adiós.



Capítulo 9

Pepa se encuentra con Raúl y le explica lo que ha pasado. Albert está ahora muy nervioso. Habla en inglés y mueve continuamente los brazos y las piernas. Deciden llevarlo al hotel.

Pepa lo acompaña y Raúl espera fuera en la calle. El recepcionista le pide la documentación para registrarlo y Albert empieza a desnudarse.

–Tú y tu amigo os vais a hacer el idiota a otra parte –dice el recepcionista.

Pepa saca a Albert a la calle.

–Sin documentación y con el *colocón*⁴⁸ que lleva, no podemos ir a ningún sitio –le dice Pepa a Raúl.

–Llévalo a tu casa –dice Raúl.

–Y tú, ¿qué haces?

–Mira, el estríper ese –Albert se ha quitado la chaqueta y la camisa–, que se olvide del maletín. Sin pasta no se puede hacer nada. Pero yo voy a dar una vuelta y a ver a mis colegas. Si sé algo, te aviso.

Capítulo 10

«Si Carlos está en casa, ¿qué le digo?», piensa Pepa mientras sube las escaleras.

Carlos no está en casa.

–Siéntate, Albert. ¿Quieres agua? Voy a buscar un poco de agua, ¿de acuerdo?

Pepa va a la cocina. En la nevera no hay agua, solo cervezas. Abre un armario y coge una botella. Luego saca hielo del congelador y pone unos cubitos dentro de dos vasos. Mientras hace todo esto, Albert sale a la terraza y se quita toda la ropa. Con los brazos abiertos, respira el aire húmedo de la ciudad.

Con los vasos en las manos, Pepa va hacia la terraza. Albert está interpretando una versión personal de la *haka*⁴⁹ maorí. En las habitaciones del hotel, justo enfrente de donde vive Pepa, se han encendido un par de luces y una pareja de turistas nórdicos abre la ventana para ver mejor el espectáculo. «¿Es la famosa *tuna*⁵⁰?», le pregunta la esposa al marido, pensando que es folclore español.

–Por favor, Albert. ¡Para! ¡Vamos dentro! –le pide Pepa.

Albert no hace caso, sigue cantando y bailando. Pepa ve en la calle a Carlos con su moto. Va al parking donde la guarda por las noches.

«Seguro que viene a casa», piensa Pepa. «¿Cómo explico que tengo a un hombre guapo bailando desnudo en la terraza?»

–Por favor, Albert. ¡Vístete! Tienes que irte.

Carlos sale andando del parking. Pepa coge la mano de Albert, le da un fuerte tirón y lo hace entrar en casa. Ropa. Pepa busca ropa. ¿Dónde están los pantalones de Albert? Mira en la terraza. ¡Mierda! No están. Los ha tirado a la calle. Carlos está buscando las llaves para abrir

la puerta. Pepa coge una sábana del armario, envuelve con ella a Albert, sale a las escaleras y lo mete en el ascensor. Carlos es muy deportista y siempre sube a pie.

A continuación Pepa entra en casa, coge un libro y se sienta en un sillón.

Entra Carlos.

–Hola, Carlos. Te he llamado al móvil varias veces pero no me has contestado.

–He estado muy ocupado. Oye, cariño, yo... Lo siento. Tenemos que hablar con más calma. A las seis sale mi avión –mira el reloj: son las tres–. He venido sólo a recoger mis cosas. Pero el próximo fin de semana podemos vernos. ¿Por qué no vienes a Madrid? He encontrado un apartamento muy bonito y...

Suena el timbre.

–¿Quién llama a estas horas?

Carlos abre la puerta.

–¡Raúl!

Raúl lleva un maletín. Ha recuperado el maletín de Albert. Ha sido fácil. Dentro solo había harina. Iba a ver a Pepa y a Albert para darles el dichoso maletín y también quería saber por qué Albert está tan preocupado por unos gramos de harina.

Raúl se ha encontrado a Albert sentado en el ascensor, vestido como un romano. Al ver a Carlos, entiende por qué.

–¡Hombre, el *pijo*⁵¹! –dice Raúl. A Raúl no le gusta Carlos–. ¿Está Pepa?

–Hola Raúl –Pepa y Raúl se miran. No pueden hablar con Carlos delante–. Es muy tarde. ¿Qué quieres?

–Nada –dice Raúl–. Pasaba por aquí... He visto luz y... Ya me voy. Ya me voy. No quiero molestar.

–Sí, mejor otro día...

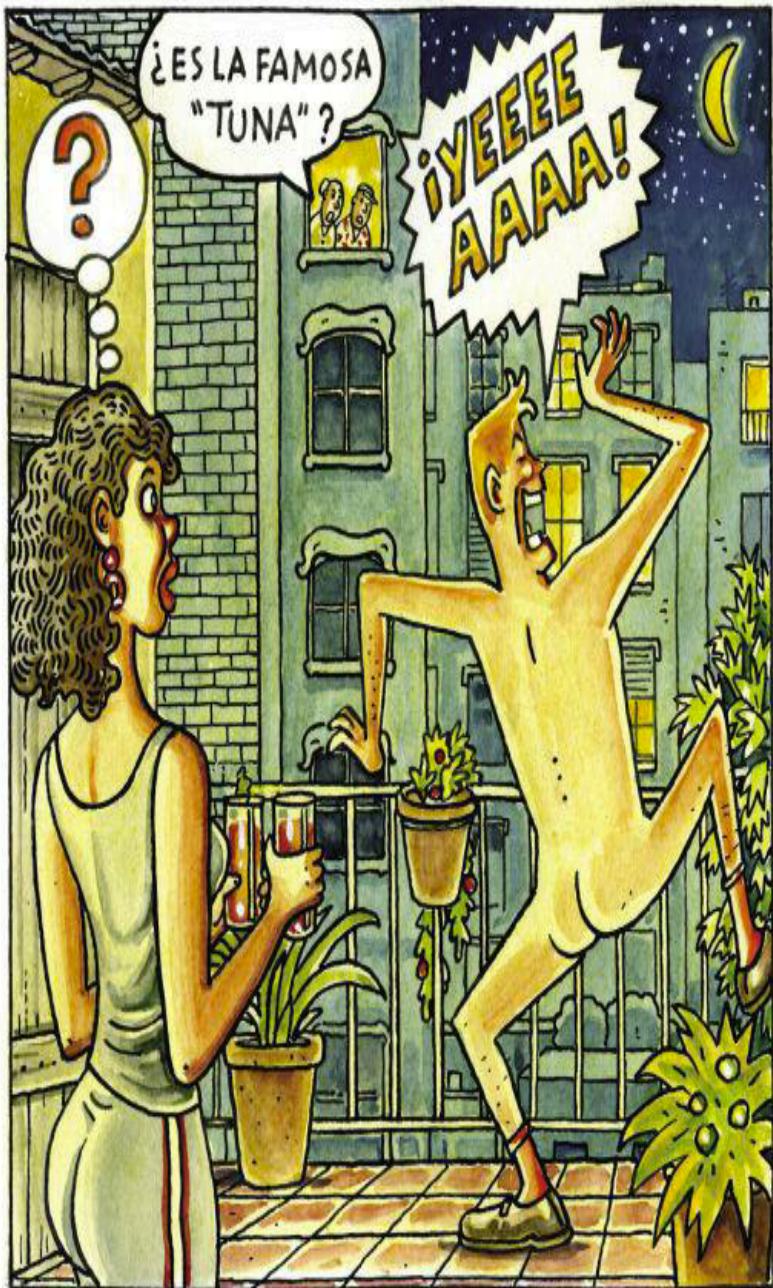
Raúl baja a pie las escaleras. El ascensor está en el primer piso. Albert sigue sentado dentro.

–Tío, no puedes quedarte aquí –le dice Raúl a Albert.

A Albert se le están pasando los efectos del éxtasis, pero aun está confuso. Ve el maletín que lleva Raúl y de pronto lo recuerda todo.

–Mi maletín –dice–. ¿Es mi maletín?

–Sí, tío, sí. Pero vamos. Vamos a mi casa. Está amaneciendo. Necesitas dormir.



Capítulo 11

–No me gusta nada tu amigo Raúl –le dice Carlos a Pepa.

–Ya lo sé. A ti no te gustan mis amigos. A mí no me gustan los tuyos. Por eso te vas a Madrid.

–Me voy a Madrid por un negocio. Se hace tarde. Lo siento. Tengo que coger el avión a...

–A las seis. Ya me lo has dicho. Vete.

Carlos va hacia el armario. Se cambia de ropa. Mete la ropa sucia en una bolsa de plástico y abre la bolsa de viaje.

–¡Eh! –grita y Pepa se asusta–. ¿Dónde está la caja?

–¿Qué dices? –Pepa no sabe de qué le habla–. ¿Qué caja?

–La caja, ¡joder! –Carlos está muy enfadado–. ¿Qué has hecho con la caja? –mira otra vez el reloj–. ¡Dame *la puta*⁵² caja! ¡Voy a perder el avión!

–¿Qué te pasa? ¿Estás loco o qué?

–¿Qué has hecho con la caja que tenía dentro de la bolsa?

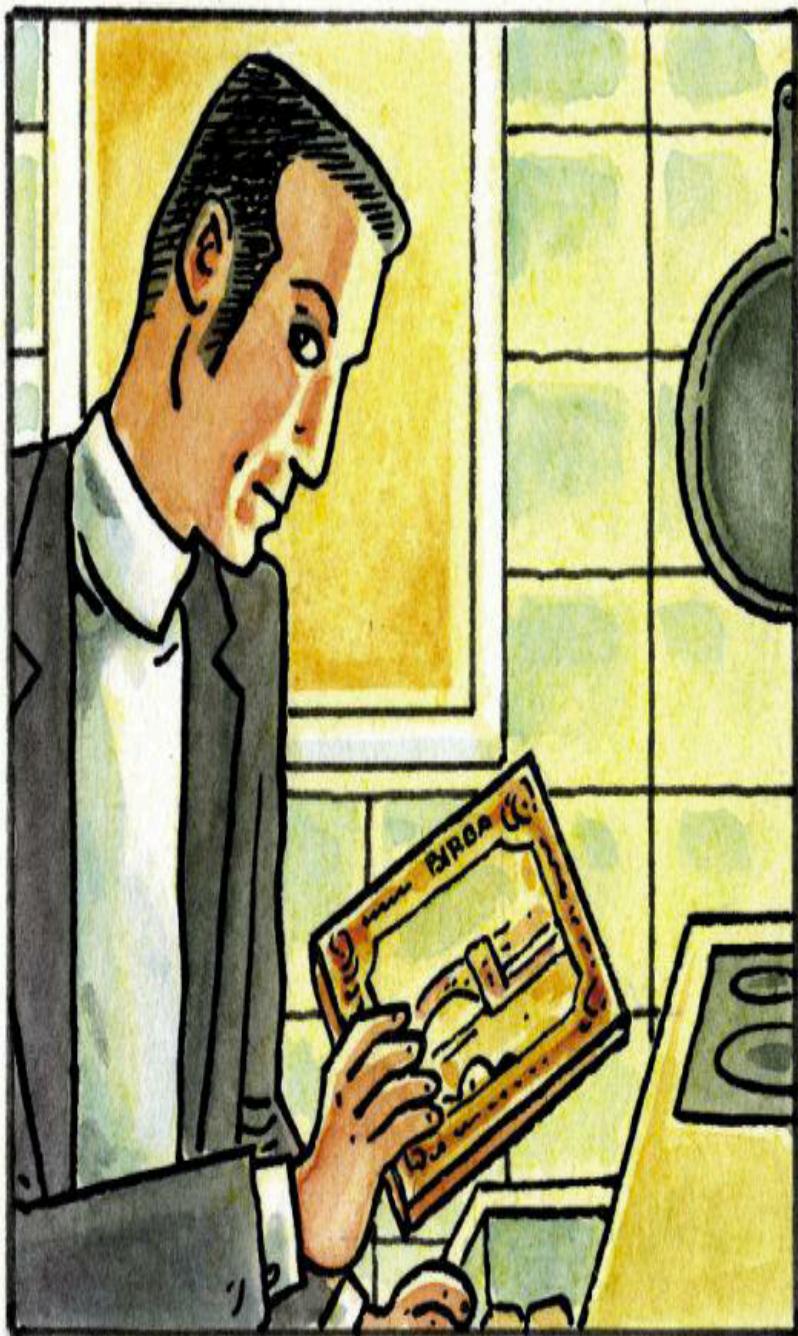
–¿La caja de galletas Birba? ¿Para qué quieres una caja de galletas?

–¡Dámela! ¿Dónde está?

–Tranquilo, chico. Ya te la doy.

Pepa va a la cocina, abre el cajón y le da una de las cajas de galletas. Carlos la coge, la mete en su bolsa y sale sin decir ni una palabra.

–Qué gilipollas... –dice Pepa, encendiendo un cigarrillo.



Capítulo 12

Dos días después, Pepa y Raúl beben cerveza en el garaje. Están hablando de Albert y sus negocios. En estos días Albert y ella se han hecho muy amigos. Y él le ha contado muchas cosas.

–Los abuelos y los padres de Albert tienen varias funerarias en Nueva Zelanda. Albert abrió en Holanda una sucursal de las empresas familiares. Un amigo químico holandés le dijo que con las cenizas de los cadáveres incinerados podían hacerse diamantes. El amigo químico conocía a otro químico español que sabía bastante de eso. Se asociaron. Los dos químicos trabajaron juntos. Hicieron una prueba y funcionó: las cenizas se convertían en cristales y luego en piedras preciosas. Lo que Albert llevaba en el maletín eran cenizas. No era coca...

–¡Coño! ¡Por poco esnifo un cadáver! –Exclama Raúl–. Suerte que ya no me coloco... ¡Como Keith Richards!

–¡Tú estás siempre colocado!

–Bueno, es igual... El caso es que el maletín que le robaron a Albert llevaba harina integral. Los chorizos creían que llevaba dinero o alguna droga y resulta que era harina. «Puedes quedarte con el puto maletín», me dijeron cuando fui a buscarlo. ¿Qué pasó con las cenizas?

–A ver... Después del accidente yo llevé a Albert a un hotel de Castelldefels. Allí se encontró con sus socios y con un abogado español. Firmaron un contrato y bebieron para celebrar el negocio... Total, que todos estaban muy contentos y el abogado *le dio el cambiazo*⁵³.

–El abogado se llevó el maletín para convertir las cenizas en diamantes. ¡Qué cabrón...!

–Sí, y además el problema es que la fórmula para hacerlo está en las mismas cenizas. Los dos químicos, el español y el holandés, hicieron pruebas con esas cenizas y vieron que se convertían en cristales. Pero fue una casualidad. Para repetir la operación, debían analizar las cenizas

y descubrir su composición: qué era lo que habían mezclado y en qué proporción. Por eso el maletín era tan importante. Los dos químicos pueden volver a intentarlo pero, mientras tanto, el abogado puede llevar las cenizas a un laboratorio. Puede encontrar la fórmula, patentarla y venderla por muchos millones.

–Los abogados, *nena*⁵⁴, no son de fiar. ¿Qué va a hacer Albert ahora?

–De momento, se queda unos días en Barcelona. En mi casa. Quiere conocer la ciudad.

–En tu casa, ¿eh? ¡Qué buena eres!

–Sí, soy muy buena.

Capítulo 13

Anochece. Pepa y Albert están tumbados en el sofá del ático de Pepa.

–Eres muy bonita. Y muy buena.

–Yo no soy buena. Pero tú estás muy bueno...

–No entiendo. Da igual. Pero eres muy buena, me invitas a comer, me dejas dormir en tu casa y en tu cama. Raúl también es bueno. También me ha ayudado.

–No ha servido de nada. El maletín que recuperó Raúl solo tenía harina.

–Porque el abogado me lo cambió en el hotel de Castelldefels. Ya te conté lo que pasó. Estábamos contentos. Bebimos. Las chicas eran muy simpáticas... El abogado cogió mi maletín y me dejó uno igual lleno de harina. Pero Raúl lo buscó y lo encontró. Es «buen tío» Raúl.

–¿Cómo se llamaba el abogado?

–Roberto Alcázar.

Suena el teléfono. Pepa piensa que es Carlos. No la ha llamado desde que se fue. Pero es su madre. Su madre quiere saber si por la tarde puede acompañarla al dentista. Pepa le dice que no, que no puede porque tiene mucho trabajo. Su madre se queja. A su madre, como a Carlos, tampoco le gusta la profesión de Pepa. Ni a su hermana. Pepa dice: «Están llamando a la puerta. Tengo que colgar», y cuelga.

–Albert, ¿a ti te gusta tu trabajo?

–Sí –Albert sonríe. Es una pregunta que le han hecho muchas veces. La gente tiene ideas extrañas sobre los que trabajan con cadáveres–. Mis clientes nunca se quejan.

–¿Y mi trabajo? ¿A ti qué te parece mi trabajo, Albert? –pregunta Pepa.

–¿Tu trabajo? Eres taxista... Conoces gente, lugares... Sí, creo que es un buen trabajo. Debe de ser divertido. ¿Ganas mucho dinero?

–No me importa el dinero.

–¿Y yo? ¿Te importo yo? –Albert besa el cuello de Pepa, el pecho, el estómago...

–Vas muy deprisa, amigo –Pepa piensa en Carlos. Carlos le importaba. Albert le gusta, pero hace muy poco que se conocen.

–Lo siento –dice Albert–. ¿Te gusta más despacio?

–No, no. No me refiero a... ¡Dios, qué complicados son los idiomas! Sigue, sigue.

Una hora más tarde, Pepa y Albert se duchan y se visten.

Albert está mirando una revista sentado en el sofá y Pepa está en el cuarto de baño secándose el cabello.

–Tengo hambre –dice Albert.

–Te invito a cenar.

–¿Puedo comer algo mientras te espero?

–Mira en la nevera.

Albert abre la nevera.

–Solo hay cerveza. No hay comida.

–Tengo galletas. ¿Te gustan? Están en el primer cajón, al lado del lavavajillas.

–La caja está cerrada. ¿La abro?

–Sí. Ábrela.

–Pepa, en la caja no hay galletas. Hay un polvo blanco... ¿Qué es?
¿Harina?

–¡El gilipollas de Carlos!

–¿Cómo? ¿Qué dices?

–Sí, esto... Ahora te lo explico todo. Creo que tenemos las cenizas.

Notas explicativas



Palabra o expresión vulgar.



Palabra o expresión coloquial.

¹Carné de conductor profesional. Permiso especial necesario para conducir cierto tipo de vehículos.

²Licencia. Autorización o permiso. Las licencias de taxi se traspasan y valen mucho dinero, y su cantidad la controlan los ayuntamientos.



³ ¿Qué **coño**...? Vulgarismo que puede añadirse a cualquier pregunta (¿Cómo **coño**..., ¿dónde **coño**...?) generalmente para manifestar enfado o desacuerdo.



⁴ **Mierda.** Interjección que expresa contrariedad o indignación.



⁵ ¡**Vaya tío!** ¡Qué hombre/chico...!

⁶Está a todo riesgo. Se dice de un coche que tiene un seguro que cubre cualquier tipo de problema o accidente.

⁷Adonis. Joven guapo.

⁸Colgate. Marca de dentífrico.

⁹Full time. Anglicismo cada vez más usual en español que significa *a tiempo completo*.

10  **Tío/tía.** Hombre/mujer.

11  **Está buenísimo/a.** Es muy atractivo/a y tiene un buen cuerpo.

12  **¡Vaya hostia!** ¡Qué golpe! ¡Qué accidente!

13  **Porros.** Cigarrillos de tabaco mezclado con marihuana o hachís.

14  **Limpio/a.** En este caso, que no consume drogas.

15 **Colegas.** Amigos.

16  **¡Hala!** Se utiliza para expresar sorpresa.

17  **Estar/ir pedo.** Estar borracho o bajo los efectos de una droga.

18  **Gilipollas.** Estúpido, tonto.

19  **Írsele la olla a alguien.** Volverse loco, hacer cosas raras.

20 **Estar de un humor de perros.** Estar de mal humor.

21 **Tapas.** Pequeñas raciones de platos muy variados que se toman en los bares en España, normalmente de pie, antes de las comidas.

22 **Caña.** Vaso o copa de cerveza de barril.

23 Montadito. Pequeña rebanada de pan con uno o varios alimentos encima (pescado, carne, embutido, ensalada...) que se toma en algunos bares de España como tapa.

24 Patatas bravas. Tapa clásica muy popular elaborada con patatas cortadas a tacos, fritas y cubiertas con una salsa picante.

25 (Dejar) propina. Dar un dinero extra por un servicio. En España se suele hacer en bares y restaurantes. También se suele hacer en los taxis.

26  Farlopa. En argot, cocaína.

27  Joder. Palabra usada muy frecuentemente como exclamación. Puede tener muchos valores: sorpresa, enfado, impaciencia, etc.

28  Narco. Abreviación de *narcotraficante*, traficante de drogas.

29 Ducados. Marca de tabaco negro.

30  Puta. Prostituta.

31 La Sagrada Familia, la Pedrera y el parque Güell son obras del arquitecto Antoni Gaudí. El **paseo de Gracia** es una de las principales calles de Barcelona, donde hay muchas tiendas de lujo. **La Catedral** está en el Barrio Gótico. **La Rambla** es la calle más turística de la ciudad. Son lugares a los que Pepa suele llevar a sus clientes.

32 Interminable. El templo de la Sagrada Familia, cuya construcción comenzó en 1883, todavía no está terminado.

33  Guiris. Extranjeros, turistas.

34 Cava. Vino espumoso español elaborado al estilo del champán.



35 Hostia. Expresión muy usual para expresar enfado o sorpresa.



36 (Dar el) **tirón.** Forma de robo que consiste en tirar violentamente del bolso (u otra pertenencia) de alguien y huir.



37 ¡**Qué cabrones!** ¡Qué malas personas!



38 (Estar) **colocado/a.** Estar bajo los efectos de las drogas.

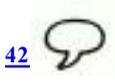
39 Perdedor. En este caso, juego de palabras con el doble sentido de perdedor: persona que pierde cosas y persona con mala suerte en la vida, que nunca gana.



40 **Lo lleváis claro.** Lo tenéis muy difícil.



41 **Pasta.** Dinero.



42 **Pasta gansa.** Mucho dinero.



43 **Coño.** Interjección que expresa enfado o extrañeza.

44 Pastís. Bar muy antiguo y conocido cercano a la Rambla en el que se sirve *pastis* (un licor francés) y suele haber música de Edith Piaf.

45 Castañuelas. Instrumento de percusión (hecho, generalmente, con dos trozos redondeados de madera unidos por un cordón) que se toca

con las manos.

 **46 Macizo.** Que tiene muy buen tipo, musculoso.

 **47 Desplumar.** Robarle todo a alguien.

 **48 Colocón.** Efecto intenso de las drogas o del alcohol.

49 Haka. Danza de guerra maorí popularizada por los All Blacks, el equipo de rugby de Nueva Zelanda, que la baila antes de los partidos.

50 La tuna. Conjunto musical formado generalmente por estudiantes universitarios que visten con traje tradicional.

 **51 Pijo.** Se aplica despectivamente a una persona de clase social adinerada o que imita su estilo, habla o comportamiento.

 **52 El puto... /la puta...** Se usa para hacer referencia a un objeto o situación que nos molesta o hace enfadar.

 **53 Dar el cambiazo.** Cambiar una cosa por otra de manera fraudulenta.

 **54 Nena.** Forma, a veces con cierto tono machista o paternalista, de dirigirse a una mujer joven. También puede ser cariñoso.

Actividades

En todas las lenguas se puede decir lo mismo de muchas maneras diferentes. Cómo decimos o escribimos algo depende de muchos factores: con quién estamos hablando (el grado de confianza y jerarquía), en qué situación estamos, cómo nos sentimos, etc. No hablamos igual en una entrevista de trabajo que en un bar con nuestros amigos. No hablamos igual con el profesor que con nuestra pareja. Hablamos de manera diferente con un policía o con un desconocido cuyo coche acaba de chocar con el nuestro.

Cuando aprendemos una lengua extranjera, tenemos que ir aprendiendo también a distinguir los diferentes registros: cuándo se puede o no se puede usar cierta expresión o palabra, en qué tipo de relación suele usarse, etc. En general, en una lengua extranjera es muy difícil usar adecuadamente el lenguaje coloquial o vulgar. ¡Y los errores de este tipo son muy graves! Usar un registro inadecuado puede crear muchos malentendidos o dar una imagen falsa de cómo somos o de qué queremos expresar.

De momento, con la lectura de esta serie y realizando estas actividades, puedes empezar a reconocer algunas formas muy típicas de lenguaje coloquial o vulgar del español peninsular. Vas a tener un primer contacto con el uso y el significado de expresiones y palabras que los españoles usan mucho, pero que no suelen estar en las clases de idiomas.

1 Compara los siguientes pares de frases. Marca a qué tipo de registro corresponde cada una: neutro (N) o coloquial/vulgar (C/V). ¿En qué lo has notado?

- | | N | C/V |
|---|--------------------------|--------------------------|
| 1. | | |
| a. ● Joder... He visto a una chica con un colocón... | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| ○ Sí; no entiendo por qué no saben divertirse sin tomar esas putas pastillas. | | |
| b. ● ¡Dios mío! He visto a una chica completamente drogada. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| ○ Sí, no entiendo por qué no saben divertirse sin tomar esas pastillas... | | |
| 2. | | |
| a. ● ¡Qué chica, tu compañera de la oficina! ¡Es guapísima! | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ● ¡Qué tía, tu colega de la oficina! ¡Está buenísima! | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 3. | | |
| a. ● Gabriel se pegó una hostia esquiando y tiene rota la muñeca. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ● Gabriel tuvo un accidente esquiando y tiene rota la muñeca. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 4. | | |
| a. ● No le hagas caso a Eva. Es una niña rica y una pedante. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ● No le hagas caso a Eva. Es una pija y una gilipollas. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 5. | | |
| a. ● ¡Mierda, llego tarde al médico! | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ● ¡Ay, llego tarde al médico! | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 6. | | |
| a. ● A mí no me preocupa ganar dinero. Yo busco una profesión interesante, divertida... | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ● A mí no me preocupa ganar pasta. Yo busco una profesión interesante, divertida... | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |

7.

- a. ● Pues ayer, en el bar de Tomás, entró un turista completamente borracho y empezó a tirar sillas.
- b. ● Pues ayer, en el bar de Tomás, entró un guiri completamente pedo y empezó a tirar sillas.

8.

- a. ● Chico, no quiero hablar más del maldito examen ese de química. ¡Me ha ido fatal y estoy de muy mal humor!
- b. ● Tío, no quiero hablar más del puto examen ese de química. ¡Me ha ido fatal y estoy de un humor de perros!

9.

- a. ● Mira, Yolanda cree que me importa lo que ella dice, se equivoca.
- b. ● Nena, si la gilipollas de Yolanda cree que me importa lo que ella dice, lo lleva claro.

2 Marca en estas frases las palabras o expresiones coloquiales y vulgares.

1. ¿Qué coño haces viendo la tele? Mañana tienes examen de Matemáticas, ¿no?
2. ¡Vaya tía! Tiene mucho carácter...Y además está buenísima.
3. ¿Emilia? El domingo se pegó una hostia con la moto y está en el hospital.
4. Ayer salí con unos colegas de mi barrio.
5. Mierda, me he olvidado las llaves del coche.
6. ● En la discoteca hay dos gilipollas que van muy pedos y buscan pelea.
 - Hay gente que cuando bebe alcohol se le va la olla.
 - ¡Es increíble!

7. ¿Nos tomamos unas cañas en Casa Toni? ¿Y unas tapas? Tengo hambre.
8. ● Barcelona está llena de guiris todo el año. Se ha convertido en una ciudad muy turística.
- ¡Hostia, tío! Barcelona siempre ha sido muy turística...
9. ● En esa empresa han tenido unos beneficios muy grandes durante años. Ahora no van tan bien y despiden a 100 personas...
- ¡Qué cabrones!
10. ● Parece que hubo un accidente de tráfico ayer porque el conductor iba mal.
- ¿Iba pedo?
 - Sí, sí. Iba fatal.
11. ● Antúnez lleva mucho tiempo en los negocios inmobiliarios. Y ha ganado pasta gansa.
- Sí, pero ahora... ¿qué coño va a hacer con tantos pisos en venta?
12. Si Patricia piensa que le voy a pedir perdón, lo lleva claro.
13. Los amigos de Ramón son unos pijos insoportables.
14. A Óscar un socio le estafó toda la pasta, lo desplumó... Pero ahora se ha buscado un trabajo nuevo.

Otros títulos de la colección

- Fantasmas en la escalera (A1+)
- Una operación arriesgada (B1)
- Apartamento en la Costa Brava (A2)

Créditos

Título: Cenizas calientes

Serie Pepa Villa, taxista en Barcelona

Autores: Alicia Estopiñá y Neus Sans

Coordinación editorial: Jaime Corpas

Redacción: Pablo Garrido

Ilustraciones: Kim

Locutora: Cristina Carrasco

© Alicia Estopiñá, Neus Sans y Difusión, Centro de Investigación y Publicaciones de Idiomas, S.L., Barcelona, 2009

© **Ilustraciones:** Kim y Difusión, Centro de Investigación y Publicaciones de Idiomas, S.L., Barcelona, 2009

Conversión a formato digital: Reverté-Aguilar

ISBN: 978-84-15620-49-5

www.difusion.com